

LOS AGUJEROS EN LA CAVERNA

(*Cartas de Machado, Salinas y Miró a Quesada*)

Salvo que sea Vd. rico y no le intimide el viaje en avión, vivir en una isla es residir permanentemente en la antesala de un dentista: a donde quiera que vuelve los ojos encuentra siempre los mismos rostros expectantes, las mismas paredes blancas, el mismo límite del mar. La angustia del vecino es su propia angustia; y cuando la angustia se desborda, antes de caer en la locura, el asco que refleja su cara (de Vd.) es el asco que ve, inevitablemente, en la cara del vecino. Vivir en una isla es vivir en la antesala del infierno: todavía no es el calor (hipotético) sino el terror a eso que puede ser, o no puede ser, el fuego, el vacío. Vd. querría asirse a algo, pero desde luego no puede. Nadie puede asirse al mar; el mar se escurre como el mar. Es gracioso que el mar, la isla y el mar, compongan un mito poético tan fructífero. La playa, el sol, los cuerpos oscuros: bien para disfrutarlos un momento; estar preso de ellos es otra cosa. Un continental no entiende cuánta repugnancia puede sentir un isleño por la isla. Detrás de la cara de ángel se extiende el rabo del diablo. Pero si Vd. no quiere ponerse a dormir mientras se muere, puede hacer algo; puede (por ejemplo) escribir cartas; intentar, a través de ellas, que le lleguen a la isla rostros y voces no vistas. Es como abrir un agujero por donde entre aire fresco a una caverna herméticamente cerrada. Porque vivir en una isla es vivir en una caverna herméticamente cerrada: oscura y húmeda. Y hace sesenta años, setenta años —cuando Alonso Quesada abría sus agujeros (escribía sus cartas)— era peor: el barquito correo tardaba una semana en —partiendo de Cádiz— arribar a las costas de la isla; la ciudad era más pequeña, aunque igualmente sucia y desagradable, entoldada de nubes y de cerebros oxidados. Por ahí caminó Quesada, un hombre en el infierno que, además, sabía que estaba en el infierno. Por eso fue como fue.

Quesada escribió muchas cartas (digamos que padecía tuberculosis y necesitaba mucho y buen aire —de fuera) y recibió muchas cartas. Aquí se dan tres: una, de un admirador; otra, de un maestro; otra, de un amigo. Cada una habla de lo suyo: 1) **lo que yo intento hacer ya Vd. lo hacía;** 2) **hermoso libro el suyo, siga adelante;** 3) **tengo gripe, la hija de mi hermano ha muerto.** Cada una tiene un interés distinto: literario, personal. Aclaran algún punto (por ejemplo, la influencia de Quesada en Salinas —y no de Salinas en Quesada como suponen sesudos historiadores) y, a lo mejor, nos valen como portillo de acceso al tiempo aquél: el tiempo aquel de hace sesenta años, setenta años, vivido por un isleño en la isla, por un isleño que **sabía** y que, pese a todo, se quedó en la isla. Entre el isleño y la isla —diría un romántico— hay una relación fatal. Pocos se van y se sa-

cuden el polvo. Casi todos permanecemos aquí, nos gusta el abismo. A Quesada también. De hecho, después de muerto ha vivido en ese abismo —abismo de indiferencia, de olvido o de desdén. Los isleños, aparte del infierno natural de la isla, sabemos muy bien crear otros infiernos personales. Así fuimos, así estamos, así seguiremos.

Veamos lo que entró, de tres veces, por los agujeros que Quesada abrió en su caverna:

I

A 21 de Mayo 1915
Sr. D. Rafael Romero.

Debiera poner al principio de esta carta la fórmula que es de uso cuando dos personas se comunican por primera vez, "Muy Sr. Mío". Pero he leído su libro, y después de eso me resisto al ritual epistolar, y le pongo sencillamente: amigo. Esto que es tanto y tan poco y ni así le pido perdón por la libertad. Ha leído su libro de Vd. ante unos pocos amigos Enrique Díez-Canedo (a quien supongo conocerá Vd. de nombre y lectura, ya que no personalmente). Yo ya sabía de Vd. antes, aunque no tan bien como hoy; el pobre Fernando Fortún, este amigo que ha muerto tan delicadamente como vivió, me había comunicado hace ya un año alguna poesía de V. A mi me gustaron mucho. Yo, que también hago versos a veces, estaba preocupado y en caso de conciencia ante unas poesías mías, de forma algo libre, como yo necesitaba para expresar puramente lo sentido, en íntima libertad. Y me dió mucha satisfacción y confianza, ver que en esa isla lejana, V. hacía cumplidamente lo que yo esbozaba: de este modo si era pecado ya éramos dos a pecar y si no lo era yo encontraba en V. un compañero le savoir... y luego Agustín Millares, el gran Néstor, todos me hablaron de V. Hoy el libro ha acabado esta definición, serena y claramente. Me gusta mucho su libro donde se habla con sencillez de un hombre ni lid, ni jaderías dieciochescas (ese dieciocho que tanto se ha maltratado). Las partes primera y última son las que prefiero. La de los ingleses es deliciosa, un Jammes sin afectación. Y me alegro mucho, de poder decirle que a Juan R. Jiménez, a Canedo, a Mesa, a todos nos reunió el amor por su libro ayer tarde. La epístola de Morales es muy hermosa. Y nada más. La ventaja única de que V. no estuviera aquí el día de la lectura fue la sinceridad del elogio, siempre

más delicadamente libre cuando no lo oye el autor. Pero ya pasada esa ventaja debe V. venir.

Me parecería tan mal poner al final "Su admirador" como al comienzo "Sr. mío". Así prefiero repetir, y pongo su amigo,

PEDRO SALINAS

S/c. Don Pedro 6. Madrid.

2

*Madrid, 24 Agosto 1915
Señor Don Rafael Romero.
Palmas.*

Querido poeta:

Su libro "El lino de los sueños" me llega con gran retraso y cuando ya lo había yo adquirido, leído y admirado. Su poesía es de índole tan lírica, honda y delicada que será estimada de los buenos y de los pocos, lleva en sí un admirable antídoto contra todo éxito ruidoso.

Con toda el alma agradezco su dedicatoria. Todo su libro es bello; tiene esa unidad que da el espíritu, no el asunto y mucho me temo que en esta época, de espeluznante plebeyez en que vivimos, no se precie en cuanto vale. No importa. Siga V. trabajando. Intentaré hacer algo en prosa o en verso sobre su obra y se lo enviaré a Canarias. Después saldrá en mi próximo libro.

V. no necesita que nadie lo presente, se presenta V. a sí mismo unido un espíritu, una realidad.

Con toda cordialidad me ofrezco a V., deseándole muchas horas líricas y deseando nuevos libros de V.

Siempre suyo buen amigo

ANTONIO MACHADO

Desde el 10 Setiembre en Baeza - Instituto. Durante las vacaciones Madrid - Santa Cecilia, 12.

Querido Rafael: le pido perdón y le doy gracias con toda mi vida. No me impide sólo escribirle la velocidad del tiempo sobre mis horas de lenta y dura cavilación, sino que el que dentro de ellas no haya una anchura para que mi carta sea también amplia y casi serena. Tendré que resignarme a que mis noticias sean eso: noticias; y limitando, por ahora, la aspiración de nuestro diálogo podré hacerlo más frecuente.

Es Vd. muy generoso conmigo. Lo que más me conmueve es la ternura que pone Vd. al leerme y al juzgarme. El Humo Dormido no puede estar bien no habiendo dejado que se tendiera sobre todos los horizontes. No está completo; y claro que ni técnica ni emotivamente lo puede estar nunca. "Atenea" me atropelló para tardar un año en imprimirlo. Tengo muchas cosas en mis entrañas, pero me cuesta tremendamente verlas en su palabra, en su pronunciación justa y plena. Quiero llevarme a Madrid cuatro o cinco libros hechos, y otros comenzados. A Madrid iré de exploración en Marzo. No temo a Madrid; me temo a mí mismo. Si yo triunfase —cosa que algunos me prometen con una insistencia que me preocupa un poco, y que yo llego a prometerme cuando estoy distraído— si yo triunfase tendría Vd. que dejar de ser insulario. ¿Qué haría yo con mi triunfo y Vd. "aburguesándose" en Canarias? No, no; usted vendría en seguida a Madrid. Y si triunfa Vd. antes, ya me anticipo yo en la residencia. Maestru me presagió el triunfo definitivo en el transcurso de diez años. ¡No habré sido precoz ni para eso! Entre tanto yo le escribo insistentemente a Calleja preguntándole por La Umbria. Espero pronto respuesta. No conozco a ese Sr. Cervantes. Baeza se ha desentendido de la Editorial para entregarse al teatro. Baeza me escribe pidiéndome que yo le haga teatro para montármelo inmediatamente. Yo no puedo aun. No sé dónde escribirle. Anda de jornada en jornada con su farándula. Cuando recibo una carta suya, ya brincó a otra ciudad. Confío en verle pronto; y hablaremos de Vd. Si Vd. me quiere, hace Vd. bien porque yo le quiero mucho. Me han preocupado —a todos en casa— las noticias que llegaban de la epidemia en Las Palmas. No le escribí ni le telegrafié entonces, porque yo estaba en casa elementalmente griposo, gracias a Dios. Ahora lo está mi hija Olimpia.

He hablado con el director de La Publicidad. Todo lo suyo llegó; quedó sin publicarse una crónica, víctima del lock-out. En La Publicidad tiene Vd. gran prestigio; y en Barcelona, se buscan,

se comentan y celebran todos sus artículos. De ellos me han hablado muchos, y algunos no sabían nuestra amistad.

Leí su libro Crónicas de la Ciudad y de la Noche. Aunque Vd. no quiera, está Vd. allí, hijo. Hay glosas de una elegancia y de una ironía luminosísimas. No le enfade esta alabanza, que sé ponerla en el punto y en el límite en que principia el verdadero Alonso Quesada.

Muy quejoso de mí debe y puede sentirse Saulo Torón. Me die Vd. para que no se enoje demasiado y anticipéle mi gratitud por su libro.

Hizo Vd. muy mal en comprar el mío. Yo no se lo he enviado porque no tengo ejemplares todavía. Ni los hay, ni han llegado a Barcelona. Es deliciosa esa dirección de "Atenea"!

¡Aún tengo entre mis papeles las cartas de mis hijas, y ellas se impacientan porque sus hermanas no les contestan! Ya las buscaré.

*Adiós, Rafael. Les queremos mucho todos a todos.
Vuestro*

GABRIEL

10-11-20

*La hija de mi pobre hermano, ha muerto.
Un abrazo a Tomás Morales.*

NOTA Y TRANSCRIPCIÓN: LÁZARO SANTANA